

COLIN THUBRON

# NOCHE DE FUEGO

TRADUCCIÓN DEL INGLÉS  
DE LUCAS MARTÍ DOMKEN

BARCELONA 2019



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL *Night of Fire*

Publicado por  
ACANTILADO  
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2017 by Colin Thubron  
© de la traducción, 2019 by Lucas Martí Domken  
© de esta edición, 2019 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.

ISBN: 978-84-17346-96-6  
DEPÓSITO LEGAL: B. 18 529-2019

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2019*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## CONTENIDO

1. El propietario	9
2. El pastor	17
3. El neurocirujano	109
4. La naturalista	160
5. El fotógrafo	220
6. El colegial	286
7. El viajero	322
8. El propietario	368
<i>Agradecimientos</i>	379

*Para Margreta.*

Del mismo modo que existe lo que llamamos «miembros fantasma», existen historias fantasma, historias cercenadas y desechadas que no obstante persisten como posibilidades frustradas y tentadoras nostalgias.

ADAM PHILIPS, *On balance*



## EL PROPIETARIO

El corte eléctrico comenzó con una chispa, como el primer murmullo de un corazón desfalleciente que terminaría abatiendo el cuerpo, hasta la última conflagración que finalmente consumió el edificio entero. Años atrás, al final del siglo victoriano, la casa había sido construida con decorosa privacidad, pero más tarde los promotores dividieron los pisos en apartamentos separados y lo que en su tiempo fue una imponente escalera ascendía ahora a través de rellanos vacíos y puertas cerradas. El edificio se deslizaba hacia una señorial decrepitud. Los balcones parecían reclinarse en la fachada, empujados por las balaustradas de hierro forjado, y trozos del frontón de estuco caían en cubos de basura quince metros abajo. Detrás, el jardín, que en su tiempo fue el orgullo del propietario, permanecía medio olvidado, y sus arbustos (fotinias, dafnes, romero) florecían salvajes entre la hierba.

En algún lugar en las entrañas del edificio, detrás de una húmeda pared, un cable retorcido y quemado se había convertido en un pequeño horno. A través de esta arteria medio bloqueada, la chispa viajó hacia un enchufe de baquelita, y el inquilino dormido en el sótano—era medianoche pasada—nunca se despertó. La noche de enero era fría. Mucho más abajo, el mar emitió un ronco gruñido. Tierra adentro, las hebras de luz se quebraban allá donde la ciudad se había ido a dormir.

El propietario estaba mirando otros fuegos. Desde la terraza de su azotea el cielo era tan claro que él—un insomne envuelto en bufandas y una chaqueta acolchada—podía escribir sus notas a la luz de las estrellas. Encorvado en el

círculo de su improvisado observatorio, vio el vapor de su aliento en el aire de la noche, escuchó el mar y se preguntó si su mujer seguiría dormida. Notaba en las palmas de las manos el tubo del telescopio helado. Este modelo refractivo no era como el anterior, con el que se había familiarizado con los años, sino un tirano informatizado. En la oscuridad, sus dedos se deslizarían inseguros sobre el teclado, o movería el ocular hasta acoplarlo a su cámara. Tras ir probando de enfocar durante largos minutos, finalmente el cielo lo sobrecogería con una revelación fuera del alcance de su envejecida mirada desnuda. Aparecería una supernova, como un fantasma, en una zona que había creído vacía o lo maravillaría ver cómo la estela de una nebulosa se deshacía en un resplandor de distintas estrellas.

Su mirada había cambiado a lo largo de los años. De joven, la inmensa lejanía de esas galaxias lo sobrecogía, produciéndole escalofríos y una especie de mareo, como si cayera hacia arriba. A veces, el vacío y el silencio lo hacían temblar. Incluso le asombraba su antigua fe en Dios. Pero poco a poco se fue familiarizando con este hobby nocturno. Observó todos los objetos celestes catalogados por Herschel y, con la esperanza de hacer una pequeña contribución a la ciencia, se embarcó en una infructuosa búsqueda de estrellas moribundas aún por descubrir.

Entonces afloró su vieja pasión por la fotografía. Con una cámara réflex de una sola lente montada sobre el telescopio, alcanzó a ver galaxias aún más remotas. Tras centrarse en las nebulosas más al sur, donde la contaminación lumínica se disipaba en el vacío del mar, los resultados de las exposiciones de media hora de apertura lo asombraron casi hasta el estremecimiento. En sus copias fotográficas las enormes nubes de hidrógeno hervían en grandes explosiones orquestadas de gas y polvo que se dispersaban en aseriscos azules donde brillaban nuevas estrellas. Sabía que



cada una de estas hermosas perturbaciones era un fermento inabarcable de nueva creación, a menudo el lugar de nacimiento de millones de soles. Las fotografías eran preciosas y sobrecogedoras. Galaxias enteras giraban silenciosamente como girándulas en el espacio. Y lo más espectacular era cómo la cámara creaba imágenes carmesí que estallaban y se derramaban como intestinos en las tinieblas. Al mirarlas le parecían inevitablemente una especie de herida celestial. Estelas enteras de polvo de estrellas—a cien mil años luz de distancia—se ondulaban como arterias en el espacio o se echaban a borbotar de la nada. Y las constelaciones brillaban tan compactas que apenas podía vislumbrarse entre ellas un resquicio de oscuridad.

Pero esa noche, a pesar de que el cielo estaba lleno de estrellas, dejó a un lado su cámara. Aguardaba la lluvia anual de meteoritos de las cuadrántidas. Se había levantado un fuerte viento que encrespaba el mar. Un par de veces un meteorito solitario refulgió y se extinguió en el cielo. Pero la lluvia de fuego que él había pronosticado (sesenta cuadrántidas podían surgir en menos de una hora) estaba aún por llegar. Vendría, lo sabía, del radiante en Boötes, donde en 1860 una nueva estrella enigmática, una nova refulgente, había resplandecido y desaparecido en una semana. Tal vez esa estrella, que había adquirido una importancia capital para él, reaparecería (sobrevivía en los mapas como la invisible T Boötis), razón por la cual había regresado a su localización una y otra vez, como un doliente a una tumba. Su vacío, mucho más allá de la luz de Arturo, parecía augurar una misteriosa epifanía. La montura del telescopio controlada por ordenador era capaz de posicionarse en su localización en tan sólo un minuto, cosa que ahora hacía de manera obsesiva, como si tuviera que ser testigo personal de su resurrección. Pero al enfocar mejor sólo observó un círculo de oscuridad. Y sabía que ese va-

cío más profundo estaba a setecientos millones de años luz de la Tierra.

De vez en cuando las cifras dejaban de ser números desprovistos de sentido en los mapas y se trasladaban al verdadero cielo. Aun así, la velocidad casi infinita de la luz viajaba tan lenta a través del firmamento que llegaba a los humanos miles de milenios después de emitirse, transmitiendo la imagen de una estrella tal como había sido mucho tiempo atrás. A veces caía en la cuenta de que todo lo que presenciaba se había extinguido muchísimo tiempo atrás. Estaba contemplando a los muertos. Observó el Cúmulo de Coma tal como había existido cuando las criaturas sobre la Tierra todavía permanecían confinadas en el mar; también la luz de tenues galaxias azules, que ahora lo acariciaba inadvertidamente, se había originado antes de que la Tierra se hubiera creado, y tal vez reproducía, como si de un túnel del tiempo se tratara, el proceso de formación de la Tierra para que todos pudieran contemplarlo. Y, evidentemente, el propio tiempo no era algo inmutable: bajo la fuerza de la gravedad podía curvarse o incluso dilatarse en un agujero negro. Dada la velocidad con que viajaba la luz en el tiempo, imaginó que su propio pasado podría disolverse en un ser fragmentado.

La lluvia de meteoritos había sido esporádica y ahora el viento arreciaba. Le pareció que olía a quemado. Imaginó que se trataba de la hoguera a punto de apagarse de algún vecino y escudriñó el jardín. Pero no vio nada. Faltaba una hora para que la lluvia de meteoritos alcanzara su apogeo, así que descendió por la estrecha escalera hasta su estudio, sorteando las montañas de papeles y cintas de vídeo, y empujó suavemente la puerta del dormitorio. Su mujer estaba durmiendo. Podía oír el penoso silbido de sus pulmones, el sonido que le había angustiado cuatro años antes, y observó el afanoso subir y bajar del pecho bajo las sábanas.

Dormía bocarriba, con el rostro enmarcado en la maraña de mechones castaños y blancos. Sus ojos rasgados estaban cerrados. Se inclinó y le besó suavemente las comisuras de los párpados; luego se marchó cerrando la puerta.

El leve hedor a quemado se acentuó. Supuso que a algún inquilino se le estaba quemando algo en la sartén, aunque el olor era acre y no lograba identificarlo. A veces los inquilinos le parecían extraños. Hacinados cinco plantas abajo, la mayoría pagaba el mismo alquiler desde hacía una eternidad. Algunos rara vez salían de sus estancias. Otros iban y venían de forma en apariencia fortuita. Los veía en la escalera o en los pasillos, donde a menudo el interruptor con temporizador no funcionaba y en la penumbra apenas los reconocía, y ellos, por su parte, a veces ni lo saludaban. Más de uno parecía demacrado y débil, como si la vida lo hubiera desechado. Pero con el tiempo su desprecio hacia ellos había disminuido y ahora algunos le inspiraban cierta indulgencia y hasta ternura. De vez en cuando les preguntaba algo al pasar (no siempre contestaban). Con el tiempo había llegado a considerarlos como conocidos un poco inoportunos.

No podía dormir. La noche anterior, tratando de aportar un mínimo de coherencia al desorden pasado, había montado sus viejas películas de ocho milímetros (muchas todavía seguían dentro de los sobres de Kodak, filmadas a lo largo de cincuenta años) y había empezado a unir las con el mismo pincel fino y el pegamento acre de su juventud. Había empezado a hacerlo como una tarea nocturna y tenía la sensación, nostálgica e incómoda, de resucitar una práctica desfasada. No sabía si la lámpara estallaría en su proyector obsoleto o si el pegamento de acetato resistiría.

Esa noche, en el cuarto oscuro, mientras esperaba la hora de los meteoritos, la primera tira de película se atascó en la bobina con un débil crepitar. La desatascó, volvió a empe-

zar, y una luz amarillenta apareció en la pantalla. El haz de luz y polvo proyectó un marco rectangular en el que surgió la imagen de una mujer joven sobre un escenario vacío. Con el celuloide de la película desprendiéndose, la mujer parecía moverse bajo una lluvia negra. Tardó menos de un segundo en reconocer su picardía de elfo. Estaba haciendo tonterías como siempre, gesticulando a solas. Los asientos del teatro estaban vacíos. En un descanso durante los ensayos, se había sacado una peluca caoba descubriendo su cabello rubio, y se dirigía a ella como Hamlet a su calavera. La cámara vagaba juguetona y simpática a su alrededor. Desprovista del sonido de la película, la boca se abría y cerraba en mudas exclamaciones, mientras que la risa era un hiato silencioso. En un momento dado se volvía hacia la cámara para quejarse de cómo la miraba y de inmediato se ponía a hacer payasadas de nuevo, imitando las llamadas a escena de sus compañeros actores, haciendo pícaras reverencias o inclinándose solemnemente. Luego, elevaba y extendía las manos, oscureciendo la pantalla, y desaparecía.

Enrolló las películas en las bobinas más nerviosamente, inquieto por saber lo que resucitarían. Los personajes de las viejas fotografías daban la impresión de ocupar un tiempo irremediadamente desaparecido; pero en estas películas las personas se movían en el presente, y resultaba desconcertante. Mientras cobraban esa titilante vida se descubrió a sí mismo volviendo la vista hacia un tiempo que en su momento le fue familiar, su hogar de la infancia, y que ahora se había vuelto extraño. Aquellos que para él alguna vez fueron viejos ahora eran mágicamente jóvenes, mucho más que él en ese momento. Pero, como si los estuviera viendo bifocalmente, conservaban como una huella de la memoria el recuerdo que de ellos tenía antes: en la pantalla, su padre apenas tenía cincuenta años, pero, atrapado ahora en la memoria de su hijo, era rematadamente anciano.

no. La mujer caminando entre los árboles frutales del jardín parecía vivaz y juvenil, pero estaba también cargada de toda la autoridad materna de sus recuerdos.

Varias cintas de película se rompieron dentro del proyector o tal vez las perforaciones se desgarraban y se atascaban en la salida, donde el calor de la lámpara las abrasaba en un instante. Cada vez que esto ocurría, caía presa del pánico. No había visto esas películas en décadas, pero ahora la pérdida de unos pocos fotogramas le producía una tristeza inconmensurable. Cada cinta parecía contener su propia cápsula del tiempo, donde las personas llevaban una vida paralela perfectamente iluminada. Pero al igual que la luz proveniente de una estrella muerta, la vida que proyectaban era un espejismo del pasado. Y sus moradores de celuloide, amados u olvidados, eran amargamente mortales. Aquel mundo podía destruirlo un insignificante pegamento, y cada rotura era lo mismo que morir. Notaba temblar las manos cuando las reparaba y eliminaba la emulsión para que se mantuvieran juntas: eran las manos de hombre viejo que recordaba haber visto de niño, cuando le asombraban las abultadas venas que formaban extraños deltas, las manchas de la edad, cosas que a un tiempo le repelían y le fascinaban pero en cualquier caso—estaba seguro—jamás le ocurrirían a él.

Durante medio minuto la cámara recorría el reseco monte bajo. En un asentamiento parecido a un poblado improvisado, aparecía una mujer sentada en un duro banco. Volvió a sentir el fuerte sol, el olor a polvo, la modorra. Se hacía difícil mirarla ahora. Ya no existía en el contexto del campo de refugiados, junto a otros como ella. Estaba sola en la pantalla, devolviéndole la mirada. Él sintió la boca reseca. Ella no sonreía. Quizá no solía sonreír (no conseguía recordarlo). Claro, su cara era joven, aunque ella era mayor que él. Parecía tímida y distraída. Su piel negra lucía más clara

de lo que recordaba, parecía seda oscura. Como permanecía completamente inmóvil (no entendía la cámara de cine) la película cobraba la inmovilidad de un retrato. Expresaba el amargo sentimiento de algo muy antiguo. De eones, de vidas, mucho tiempo atrás. Él susurró: «Perdóname...». Ella lo seguía mirando fijamente.

En el angosto estudio el olor a quemado se había intensificado. Como creía que provenía del proyector, lo apagó. Entonces recordó los meteoritos de las cuadrántidas pronosticados para después de medianoche. Subió la escalera hasta la azotea, y el fuego caía del cielo.

## EL PASTOR

Qué silencioso es todo aquí. De noche a veces es posible escuchar el ir y venir de las olas sobre los guijarros, como el lento latido de un corazón. El sonido se vuelve más triste a medida que uno lo escucha, y en noches como ésta aumenta inexorablemente, como si un reloj cósmico estuviera espoleando el tiempo para apresurarlo a su final.

Era esa misma melancolía la que sentía el inquilino a medida que se sumía en el sueño, y al principio, mientras el humo comenzaba a filtrarse a través de las tablas del suelo, se cubrió mecánicamente la cabeza con la manta. Su apartamento en la planta baja debería haber sido un lugar del que huir fácilmente. Pero durante la última hora el sótano se había convertido en un horno a punto de estallar, sólo contenido por una vieja puerta antiincendios, y el yeso se fundía a toda velocidad. Al final también su piso acabaría entregado a las llamas. Era una persona delgada, más bien ascética, que vivía con pocas cosas bien ordenadas. Su ropa apenas llenaba un armario y de sus libros sólo conservaba aquellos que más le habían inspirado. Esa misma mañana había echado un vistazo a las estanterías, que conocía perfectamente, mientras reflexionaba sobre la efímera sabiduría que contenían sus libros. Había puesto un viejo disco de la *Pasión según san Juan* y lo escuchaba con agnóstico placer cuando de la funda del disco cayó una fotografía amarillenta de la época del seminario.

No faltaba nadie. Posando de pie en los escalones de la capilla todos tenían un aspecto pasado de moda y demasiado formal con sus chaquetas y corbatas, el pelo peinado hacia delante o con la raya en medio. No era así como los recorda-

ba. Sus rostros eran pálidos y contenidos, pero las distintas sonrisas (resueltas, abiertas o remilgadas) parecían fundirse en una agradable felicidad cuyo secreto había olvidado.

Se preguntaba qué habría sido de ellos. Tras su partida, la correspondencia que habían mantenido fue decayendo a causa de una distancia que no sólo era geográfica, y la mayoría acabaron olvidados en el pasado. Excepto Ross, claro. Parecía tan inocente que hasta daba vergüenza, ¡con ese pelo radiante como el sol y sus mejillas de angelito!, el hijo de un Dios que infantilizaba. Sin embargo, su supuesta pureza había llegado a ejercer una velada influencia moral en los demás seminaristas. A su lado Vincent daba la impresión de ser el doble de mayor que Ross: ya entonces parecía inspirar una sobria autoridad. Incluso ahora le costaba creer que esa presencia intimidatoria, de mejillas hundidas y oscura mirada de santo bizantino, tan sólo tuviera veintisiete años. Pese a que Vincent hablara a menudo de que el viaje espiritual no tiene fin, ya había alcanzado unas convicciones inmutables.

Junto a Vincent quedaba el hueco que había dejado el fotógrafo—él mismo—, quien había salido del grupo para tomar la foto y en broma había escrito allí STEPHEN.

Y al lado estaba Julian, sonriendo, vestido con una elegante americana blanca de amplias solapas y una alegre pajarita. Entre todas las castas sonrisas, sólo la de Julian era ambigua. Su cabeza tenía una forma diferente a la de los demás (habría bastado para convencer a cualquiera de la frenología): un triángulo que decrecía hasta llegar a la boquita, en la que de vez en cuando se advertía un rictus de suspicacia. De todos ellos era Julian el que más le había impresionado. Nunca había llegado a comprenderlo e incluso en la fotografía tenía una expresión indefinible: guasona, tal vez incluso cínica, una expresión como nunca había visto en un pastor.



Los problemas y el entusiasmo en las aulas y seminarios abarrotados, el fervor intelectual en torno al Evangelio, las dudas reprimidas, el tenso interrogatorio de su profesor preferido (un hombre con talento para la retórica y la enseñanza, aunque desprovisto de compasión) todo eso pertenecía a una guerra civil de la que a Stephen lo habían dado de baja por invalidez. Asombrado de su antigua fe, ahora se preguntaba cómo había podido llegar a invocar a Dios en sus rezos más íntimos. Pero ese pensamiento siempre hacía saltar una alarma en su cabeza (que sonaba apagada y lejana), como si a fin de cuentas quizá en aquel tiempo estuviera en lo cierto y ahora, pasado el ecuador de su vida, hubiera perdido el don de juzgarse.

A veces, de noche en el seminario, trataba de imaginar a sus compañeros rezando en esos cuartos ya a oscuras: no le interesaban las plegarias que hacían todos juntos en la capilla o las súplicas espontáneas cuando estudiaban juntos, sino los miedos nocturnos y las confesiones de hombres arrodillados en solitario junto a la cama.

A menudo se sentía extraordinariamente liviano y feliz. Le parecía haber descubierto la única manera de vivir que tenía sentido. A veces sentía que amaba a los demás seminaristas, las sonrisas circunspectas y las confianzas, o el ardor contenido en las clases. Imaginaba que era compasivo hasta su profesor, aquel hombre de mofletes rubicundos y chaleco a punto de reventar que contrastaban con su implacable y estricta mentalidad, y también creyó descubrir una discreta amabilidad en el director del seminario, que parecía un viejo muchacho. Y agradecía las amistades que había podido hacer, cada una con su dispar personalidad. En aquellos tiempos parecían estar viviendo en un círculo encantado, una especie de hermandad de revelaciones y confianza. Les resultaba fácil rezar: eran noches bendecidas.

Pero había otras noches en las que se cernía sobre ellos una oscuridad desoladora. Tras leer una complicada exégesis o un ensayo doctrinal, se ponía a releer textos de la Biblia sin apenas fe o consolación, tratando de absolver a Dios de todo aquello que le parecía injusto. En esos momentos, la seguridad que le daban Vincent y Ross se desvanecía. Entonces se encarnizaba con esos pasajes que nunca habían sido pronunciados en los plácidos sermones de la parroquia de su infancia, pero que allí no podía eludir. Incluso la parábola de la higuera maldita o la de los cerdos de Gadara podían ser suficientes para mortificarlo. Pero lo que más lo atormentaba eran las incoherencias entre los distintos evangelios que desembocaban en relatos divergentes sobre la tumba vacía, en los que la palabra de Dios parecía contradecirse en lo fundamental.

A veces batallaba con aquellos textos hasta altas horas de la noche. Era como si hubiera alguna estancia de gracia divina a la que él tuviera vetado el acceso. Así que seguía elaborando complejas teorías intelectuales con las que intentaba aplacar sus inquietudes. Cayó en el pecado de juzgar a Dios. De vez en cuando, para consolarse, recordaba las obras de fe que de joven le habían impresionado más (la *Pasión según san Mateo* de Bach, el gran rosetón de la catedral de Chartres) y se sentía fugazmente aliviado.

Al final, agotado, buscaba a Dios rezando. Encendía una vela de forma que todo quedara oscuro menos la cruz de madera junto a su cama, y concentrándose en ese sombrío foco sobre la cruz—el centro de toda redención y amor—poco a poco lograba calmarse. Pensaba que a esa hora los demás seminaristas estarían arrodillados como él, y sentía que las oraciones de todos ellos lo rodeaban en mitad de la noche. La vela parecía alentar su gratitud y responder a todas sus súplicas. A menudo susurraba elevando un poco la voz y entonces el poder de las palabras se multiplicaba.

Dios parecía resonar como un tambor en su cerebro. Se trataba de la gracia que socava toda lógica, del entusiasmo de Cristo cuidando de su rebaño contra toda razón, del Cristo al que los argumentos no podían abatir.

Pero luego llegaba la hora de la confesión. El autoexamen solitario llenaba a Stephen de desesperación. Cada vez que surgía el asunto del pecado parecía sumirse en un círculo de contrición y arrepentimiento. Se arrepentía de sus dudas sobre las Escrituras y de su incapacidad de amar, de su excesiva susceptibilidad y de la vanidad de su confusa ambición. Se arrepentía de haber dejado a su novia de forma tan brusca. Y se arrepentía abyectamente de masturbarse recordándola, recordando la mórbida suavidad de sus piernas. Medio dormido, como si no fuera consciente de lo que hacía, se acariciaba, y luego caía en un soñoliento remordimiento.

En una ocasión tuvo un sueño extraño en el que hacía el amor con una mujer en una ladera un día de verano. Cobrizas mariposas salían de los arbustos y revoloteaban por encima de sus cuerpos desnudos; luego se posaban en la cara de ella, en sus pechos, como si estuvieran invocando un sacramento secreto, y despertó con el pantalón del pijama mojado, recordando el éxtasis sin pecado y el posterior aroma de asfódelo.

Cuando abandonaba el santuario del seminario, el mundo exterior apenas le inquietaba. Creía ver la mano de Dios incluso en los anodinos pueblos rurales. El día a día se había convertido en el escenario de la gracia divina. En dos ocasiones lo mandaron a capellanías durante el fin de semana en la parroquia más cercana, pero no pudo librarse de sus visiones y ansiedades, y acosó al ocupado vicario con preguntas que no obtuvieron respuesta. Una noche, como si los muertos pudieran tranquilizarlo, caminó durante horas por el cementerio de la iglesia, bajo un cielo invernal re-

fulgente de estrellas. Hacía años que no veía un cielo como aquél. Las formidables galaxias resplandecían en silencio sobre las tumbas: un orden insondable de trillones de soles y planetas girando en sus órbitas, suspendidos en aquel milagro que se desplegaba sobre su cabeza. Le asombraron los colores: dorado, blanco plateado, azul celeste. Y en cierto momento un cometa fulguró atravesando la oscuridad como Lucifer.

Al regresar a la iglesia le dolían los ojos y le temblaba el cuerpo. Colocó uno a uno los números de los himnos del domingo en su lugar por encima del púlpito y se desplomó en un asiento del coro. Detrás del altar el aire frío agitaba las cortinas verde oscuro entre deterioradas columnas. Sin saber por qué, deseaba descorrer las cortinas y se levantó con pies temblorosos. Sabía que detrás de ellas sólo encontraría una pared de piedra, pero quería asegurarse, como si cupiera otra posibilidad, como si detrás de las cortinas pudiera ocultarse algo inimaginable. Tal vez sólo hubiera una placa conmemorativa; pero quizá descubriera—y al pensarlo sintió que desfallecía—un paisaje desconocido, la puerta a la gracia perdida. Entonces lo asaltó una carcajada, un estallido autoparódico rompió el silencio, y volvió a sentarse. Se dobló sobre las rodillas para intentar reactivar la circulación de la cabeza. Como si el maná se hubiera esfumado, la cortina había dejado de moverse. Cerró los ojos.

Una semana más tarde ocurrió algo que hizo temblar el seminario hasta los cimientos. El director no solía dar conferencias, pero cuando lo hacía acudían a ellas todos los profesores y los ochenta estudiantes. Aunque habló con precisión quirúrgica del «pensamiento originario» de Heidegger, más tarde nadie habría sido capaz de recordar una sola palabra de lo que dijo. Lo que nadie olvidó fue que Brad-

ley, un estudiante de tercero, se levantó para intervenir cuando el director hubo acabado. Todo el mundo pensó que se disponía a plantear una pregunta o incluso a agradecerle y adular sus palabras. Pero por el contrario anunció que abandonaba el seminario porque había perdido la fe. Agradeció a los tutores su atención y erudición, y explicó que temía haberlos decepcionado. Añadió que su decisión no era responsabilidad de ellos, sino el resultado de un largo conflicto interior que finalmente se había resuelto de forma liberadora y purificadora. Estas últimas palabras las dijo en un tono un poco desafiante y, lo que era más inquietante, a juzgar por su rostro mientras contemplaba uno por uno a sus antiguos compañeros, parecía compadecerlos.

Una oleada de incredulidad pareció recorrer a la concurrencia. La mayoría quedó paralizada. Permanecieron mirándolo fijamente con rostros exangües. Algunos estaban boquiabiertos, pero en un par de ellos podía advertirse el rastro de una sonrisa cortada en seco. Que nada distinguiera a Bradley de los demás sólo consiguió acentuar el efecto de sus palabras. Era un individuo delgado de piel cetrina que llevaba una desgastada sotana: podría haber sido cualquiera de ellos.

Cuando asimilaron sus palabras, dos de los profesores se levantaron tratando de disimular su preocupación. El director, que solía mantenerse al margen, parecía abrumado por una especie de preocupación paternal, como si Bradley hubiera enfermado, y abandonó el atril para ocuparse de él. Pero el estudiante ya se había encaminado hacia la puerta. La dignidad de su retirada sólo la enturbiaron sus zapatos, que chirriaban como ratones sobre la tarima. Stephen nunca olvidó cómo Bradley se volvió a medias hacia ellos para mirarlos a todos por última vez. Acto seguido, desapareció bajo el cartel de SALIDA.